

EL POPULISMO OBRERO

LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y SINDICAL DE LAS Y LOS TRABAJADORES EN EL PERONISMO (1943-1955): COMPARACIONES DIACRÓNICAS Y SINCRÓNICAS

WORKER POPULISM. POLITICAL AND TRADE UNION PARTICIPATION OF WORKERS IN PERONISM (1943-1955): DIACHRONIC AND SYNCHRONIC COMPARISONS

Gustavo Nicolás Contreras¹

Palabras clave

Populismo,
Movimiento obrero,
Interpretaciones,
Historia comparada

Recibido

7-3-2025

Aceptado

12-5-2026

Resumen

Con el objetivo de reflexionar sobre conceptos, lenguajes y enfoques con los que apreciamos la participación política y sindical de las y los trabajadores en la experiencia populista de la Argentina entre los años 1943 y 1955, el artículo propone repensar ejes interpretativos que lograron trascendencia. A tal fin, desarrolla una suerte de ensayo historiográfico buscando abrir nuevos interrogantes y auspiciar miradas que ayuden a complementar o debatir algunos ejes de las interpretaciones heredadas que resultan poco satisfactorios. Así, el artículo sugiere opciones para nuevas búsquedas a partir de relecturas bibliográficas, reconsideraciones de resultados de investigaciones, reformulaciones de preguntas, esbozos de visiones alternativas y la realización de comparaciones entre casos nacionales desde otras perspectivas.

Key words

Populism,
Labor movement,
Interpretations,
Comparative history

Received

7-3-2025

Accepted

12-5-2026

Abstract

With the aim of reflecting on concepts, languages, and approaches through which we understand workers' political and trade union participation in Argentina's populist experience between 1943 and 1955, this article proposes a rethinking of influential interpretive frameworks. To this end, it develops a form of historiographical essay intended to open new questions and encourage perspectives that help to complement or critically reassess certain established interpretive axes that have proven insufficient. Accordingly, the article suggests avenues for further inquiry based on renewed readings of the literature, reconsiderations of research findings, reformulations of key questions, preliminary outlines of alternative viewpoints, and comparative analyses of national cases from different perspectives.

INTRODUCCIÓN

La participación de los trabajadores y las trabajadoras en los populismos clásicos latinoamericanos ha sido un tema recurrentemente considerado por las ciencias

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. C.e.: gustavonicolascontreras@gmail.com.

sociales. El caso argentino, junto a los de Brasil y México, es uno de los más indagados. Una bibliografía casi inabordable por su magnitud da cuenta de ello. En poco más de ochenta años de estudios dedicados al tema, podríamos decir que en Argentina las primeras miradas más sociológicas, latinoamericanas y teóricas han dado paso, en las últimas dos décadas, a intervenciones más historiográficas, entre las cuales fueron creciendo los análisis empíricos, locales y focalizados. La reducción de la escala, los estudios situados, las monografías y el trabajo minucioso con fuentes históricas generó nuevos saberes que complementaron, matizaron o pusieron en cuestión algunas certezas de las primeras intervenciones académicas. Sin embargo, las novedades y los debates puntuales que trajeron aparejados no impactaron con fuerza en las miradas dominantes sobre la temática. Nuestra hipótesis de trabajo sostiene que ello en gran medida se debe a que no se han puesto en cuestión los pilares centrales de las interpretaciones consagradas, aquellas tesis ejemplares que, siguiendo a Emilio de Ipola, son “simplemente, aquellas alrededor de las cuales giran, en cada nivel, todas –o al menos la gran mayoría– de las otras interpretaciones” (1989, p. 354). Son las tesis que ordenan comentarios, debates, objeciones, rectificaciones, complementos, matices. Ciertamente, los aportes y las discusiones planteadas por la historiografía de los últimos años propusieron más bien matices y reconsideraciones puntuales, sin pretensiones de avanzar en revisiones generales de las interpretaciones consagradas.

Para el caso argentino, el último gran movimiento en las ciencias sociales que discutió interpretaciones de relevancia sobre la participación obrera en el populismo clásico se dio en las décadas del 70 y del 80, cuando nuevas miradas, como las de Juan Carlos Torre, Ernesto Laclau y Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, rebatieron “tesis ejemplares” como las de Gino Germani y Torcuato Di Tella, las que de Ipola (1989) consideró expresiones acabadas de la interpretación ortodoxa entonces vigente. Sobre estos pilares, miradas críticas fueron construyendo una renovación interpretativa que, en su maduración, a partir del proceso historiográfico abierto desde fines de 1983 en Argentina, llevaría nuevamente a una “normalización de los estudios sobre el primer peronismo”, como han señalado Acha y Quiroga (2009) al reconocer sus “núcleos rectores” y sus “supuestos”. Sin posibilidades de ahondar en estos planteos, destacamos de ambos trabajos su pretensión de rescatar aspectos centrales de la configuración epistemológica de lo que podemos considerar las interpretaciones dominantes sobre la participación obrera en el primer peronismo.

Por nuestra parte, nos interesa reflexionar sobre conceptos, lenguajes y enfoques con los que apreciamos la participación política y sindical de las y los trabajadores en la experiencia populista de la Argentina entre los años 1943 y 1955.² Conociendo la

2 La primera formulación de este artículo estuvo motivada por la convocatoria de la mesa “Lenguajes, conceptos y representaciones sobre el trabajo” del *Congreso Latinoamericano y del Caribe Trabajo y Trabajadores: pasado y presente (1500-2010)*, La Paz, Bolivia, 2017. Agradezco los comentarios de María Ullivarri y Mirta Lobato a aquella primera versión. De igual modo, el texto se benefició de las observaciones recibidas en el *VI Congreso de Estudios del Peronismo*, UMET, CABA, 2018. Va también mi agrade-

enorme cantidad de material que se publicó sobre el tema, y conscientes de la imposibilidad de hacer un examen exhaustivo incluso de los textos más influyentes sobre la materia, el presente artículo buscará repensar algunos ejes interpretativos que lograron trascendencia. Partiendo de esta aclaración, proponemos una suerte de ensayo historiográfico que aprovecha lecturas, análisis y reflexiones realizadas en el desarrollo de mi tesis doctoral, en artículos y capítulos de libros que profundizaron aspectos centrales de ella y en mi actual plan de investigación dedicado a la historia de la CGT durante el primer gobierno peronista. En los más de veinte años dedicados al estudio del tema fui acumulando notas, ideas e inquietudes que intentaré ordenar en este ensayo, que no pretende más que reflexionar sobre enfoques y líneas interpretativas omnipresentes y muy influyentes en los estudios sobre el tema.

Frente a las evidentes dificultades y limitaciones de un análisis de este tipo, me fui convenciendo de las posibilidades hermenéuticas del ejercicio y de sus probables derivas para repensar el tema y, sobre todo, para continuar investigándolo. Me interesa particularmente avanzar en un replanteo de la temática que permita abrir nuevos interrogantes y auspiciar enfoques que ayuden a complementar o debatir ciertos ejes de las interpretaciones heredadas que resultan poco satisfactorios.

Dentro de una amplia gama de posibilidades para revisar aspectos de las interpretaciones dominantes, el artículo sostendrá que una de las principales limitaciones para orientar los análisis hacia reconsideraciones generales en los estudios sobre el tema radican en el profundo arraigo de miradas eurocéntricas, las cuales en muchos casos obturan el potencial que portan nuevas perspectivas interpretativas alternativas. Así sucede incluso con investigaciones que descubren aspectos significativos que difieren de las visiones dominantes, pero que no prosperan en la tarea de repensar de manera profunda y estructural la participación política y sindical de los trabajadores en el populismo argentino, agotando su vigor en el señalamiento de excepciones, contradicciones y particularidades. De hecho, muchas veces es tan fuerte la influencia de la lente interpretativa eurocéntrica que termina siendo inmune a las consecuencias que acarrearían ciertos resultados disonantes que se van obteniendo. No conformes con esta situación, nuestro trabajo sugiere opciones para nuevas búsquedas a partir de relecturas bibliográficas, reconsideraciones de resultados de investigaciones, reformulaciones de preguntas, esbozos de enfoques alternativos y la realización de comparaciones entre casos nacionales desde otras perspectivas.

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA POLÍTICA Y SINDICAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

En los estudios dedicados al surgimiento del populismo en Latinoamérica, un eje central del análisis se estructuró en torno a la participación de los trabajadores y el movimiento obrero. De esta manera, el populismo fue en parte definido por el tipo de

cimiento para Agustín Nieto, Federico Avalos, Gonzalo Pérez Álvarez y Julio César Melon, con quienes intercambié pareceres sobre borradores de este texto en distintos momentos de su realización.

trabajador que convocó y por las características del vínculo que se generó entre este y la nueva dirigencia estatal. La adhesión de las y los trabajadores era un hecho indiscutible, aunque no así su carácter y contenido.

El reconocimiento de un tipo particular de trabajador y un modelo sindical singular fueron factores fundamentales que destacaron las explicaciones más influyentes sobre el proceso. En su descripción primó una óptica: un sector mayoritario del movimiento obrero en América Latina se “desviaba” del camino recorrido por sus pares europeos, más allá de haber gozado, en muchos de sus países, de la presencia de fuertes tradiciones socialistas y anarquistas que habían seguido el “modelo europeo” desde fines del siglo XIX. Finalmente, promediando el siglo XX, ni estas corrientes político-ideológicas ni los potentes gremios industriales pudieron cumplir el rol que habrían asumido en Europa y por este motivo América Latina y su movimiento sindical habrían sufrido los “flagelos” del populismo.

Así, desde sus inicios, en el estudio de la historia del movimiento obrero de América Latina, se buscó reconocer patrones comunes en relación con el desarrollo de las luchas obreras, los sindicatos, los partidos políticos de clase y las corrientes ideológicas predominantes en Europa. Por supuesto que se distinguieron particularidades locales, pero se entendía que había un “sentido histórico” que se correspondía con el desarrollo del capitalismo y las clases sociales, la formación del Estado nación y la ampliación democrática, es decir, con la modernización. De este modo, en la evaluación del devenir de América Latina a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, se percibió, y también se demandó, cierta correspondencia con el proceso europeo. Para su desenvolvimiento, este tipo de análisis debió recurrir a una comparación de carácter diacrónico. Aplicada esta metodología, pudo advertirse que los movimientos obreros latinoamericanos transitaban alguna etapa ya superada por sus pares europeos y que más temprano o más tarde llegarían a las siguientes. El desarrollo del movimiento obrero latinoamericano debía seguir la pauta europea de manera asincrónica en un proceso de transición encarrilado hacia la modernización.

Esta presunción, sin embargo, entró en colisión con la opción de las y los trabajadores a favor de los populismos latinoamericanos. Emergieron entonces ideas de interrupción, regresión, atraso, desvío, involución. Se perdía el sentido histórico preestablecido, esperado. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo ubicar en una línea de evolución histórica la participación del movimiento obrero en los populismos? La carencia de sentido histórico pronto se hizo presente en las primeras interpretaciones que surgieron pensadas en torno al modelo europeo, el cual era percibido como el “modelo clásico”. Mucho se ha escrito desde esta óptica. Eric Hobsbawm no dejó dudas al respecto cuando enunció que:

...podemos hasta encontrar movimientos modernos que dan lugar a otros más primitivos, como en Argentina donde un pequeño movimiento obrero socialista y comunista del tipo europeo que nos es familiar, cedió ante un movimiento obrero de masas falto de conciencia, falto de ideología (salvo la conciencia de clases elemental) y unido

por su lealtad a un caudillo demagógico o a su recorrido. La evolución de la conciencia política moderna no sigue una sola línea de evolución (Hobsbawm 1974, p. 276).

La apreciación del célebre historiador británico aporta elementos importantes a los fines de nuestro artículo. Hobsbawm caracterizó la participación obrera en el populismo argentino como una involución histórica, en la que un movimiento obrero de perfil moderno fue sucedido por uno más primitivo. Percibió, por lo tanto, una regresión, una inversión de la tendencia histórica, un salto hacia atrás en el tiempo. Claro que, para Hobsbawm, ese sentido histórico esperado tenía que ver con lo que le era “familiar” a Europa. Siguiendo el modelo del llamado “viejo continente”, aguardaba que se repitiese el patrón desarrollado allí. Sin embargo, cuando la situación parecía perder sentido, cuando entraba en crisis el sentido histórico construido, un giro inesperado en el análisis ubicó todo en su justo lugar: serían múltiples los caminos que llevarían a la modernización. El movimiento obrero peronista regresaba así a la historia, aunque con marcas de “reprimitivización”, atraso, desvío e inmadurez.

Sabemos que Hobsbawm no se especializó en el estudio de los populismos latinoamericanos, aunque se destacó en la escritura de una historia con aspiraciones universales que naturalmente los consideró. No obstante, o tal vez justamente por ello, entendemos que sus apreciaciones podrían estar expresando una matriz interpretativa más general, un sentido común historiográfico, compartido por muchos de los analistas más influyentes en el estudio de la participación obrera en los populismos clásicos de América Latina, el cual logró sostenerse en el tiempo.

El “movimiento obrero europeo”, de este modo, actuó como un contramodelo que, en el momento en el que emergieron los gobiernos populistas, puso en primer plano las falencias del “movimiento obrero latinoamericano”. Tras esta disposición, la participación política y sindical de las y los trabajadores fue pensada mayoritariamente en perspectiva eurocéntrica. Se buscaba en América Latina “familiaridad” con el devenir europeo y, al no encontrarla, peyorativamente se reconocían otros caminos posibles hacia la modernidad.

Siguiendo este razonamiento, los análisis predominantes se centraron en puntualizar lo que el movimiento obrero latinoamericano no hizo ni fue, más que en señalar lo que fue y lo que hizo. Incluso, en muchas de las comparaciones se contrastaba un caso concreto de América Latina con un modelo teórico y un tipo ideal referido al sindicalismo europeo. El “movimiento obrero europeo” se fue constituyendo en una abstracción modélica que machacaría sobre la realidad histórica del “movimiento obrero latinoamericano”.

Aníbal Quijano señaló que “los europeos generaron una nueva perspectiva temporal de la historia y re-ubicaron a los pueblos colonizados, y a sus respectivas historias y culturas, en el pasado de una trayectoria histórica cuya culminación era Europa”. Lo que había sucedido en Europa, más allá de las probables diferencias regionales, terminaría sucediendo en el resto de los países del mundo a su imagen y semejanza. La visión eurocéntrica imaginó su propio territorio como “la culminación de una trayectoria civilizatoria desde un estado de naturaleza”, convicción que los indujo a “pensarse como

los modernos de la humanidad, y de su historia” (Quijano 2000, p. 212). El capitalismo, la democracia y el Estado nación estaban destinados a incorporar al conjunto del planeta dentro de sus dominios y lo harían según el patrón europeo. Esa sería la norma y, para muchos, el camino deseado, incluso para quienes criticándolo lo consideraban un estadio necesario para la definitiva emancipación de la humanidad.

Todos los no-europeos pudieron ser considerados, de un lado, como pre-europeos y al mismo tiempo en cierta cadena histórica y continúa desde lo primitivo a lo civilizado, de lo irracional a lo racional, de lo tradicional a lo moderno, de lo mágico-mítico a lo científico. En otras palabras, desde lo no-europeo/ pre-europeo a algo que en el tiempo se europeizará o “modernizará” (Quijano 2000, p. 225).

Si consideramos esta convicción eurocéntrica, que siguiendo a Quijano puede ser caracterizada como “binaria” y “evolucionista”, y si focalizamos en nuestro tema particular, los estudios sobre el origen y el desarrollo del movimiento obrero en los países europeos marcaron la pauta, el “modelo clásico” desde el cual deberíamos observar el “mismo” proceso en distintos lugares del mundo. Por lo tanto, para apreciar la esperada “reiteración”, la perspectiva comparada rápidamente se presentó como el método para analizar los procesos de transición hacia la modernidad. Así, cuando la opción del movimiento obrero en América Latina se alejó del modelo clásico, y ya no repetiría el recorrido que habían hecho sus pares europeos, la lógica de un pensamiento binario concluyó entonces que eran su opuesto.

De este modo, en muchas explicaciones sobre la adhesión obrera al populismo, cuando la “reiteración” no se dio, se sentenció que lo irracional se impuso sobre lo racional, lo tradicional sobre lo moderno, lo mítico sobre lo científico, lo primitivo sobre lo avanzado.

En el marco de esta presunta “involución”, el ingreso del movimiento obrero a una modernidad que inevitablemente sería incompleta, que en gran medida se malograba, se habría dado por un impulso externo, por otro que hablaría en su nombre y lo guiaría. Tras esta apreciación, emergieron los conceptos de heteronomía, falsa conciencia, subordinación, corporativismo estatal, pasividad y anomalía para explicar el recorrido del movimiento obrero en la coyuntura populista. Esta caracterización se combinó, en las explicaciones, con la demagogia y la manipulación que habría ejercido un líder carismático sobre aquel, aprovechando la situación a su favor.

Con el paso del tiempo, esta visión fue matizada por historiadores que enfocaron el tema desde la Argentina, particularmente respecto a los orígenes del peronismo. Sin embargo, puede sospecharse que en gran parte de la literatura académica que se piensa desde una visión eurocéntrica siguen vigentes este tipo de apreciaciones.

MODELO CLÁSICO, ETAPISMO Y TRANSICIÓN

Nos interesa señalar, brevemente, ciertos aspectos de la lente eurocéntrica que consideramos recurrentes en los estudios sobre la participación obrera en los populismos. Destacaremos, en este sentido, la influencia que ha ejercido en los análisis la enuncia-

ción de un “modelo clásico” para medir y comparar los movimientos obreros de ambos continentes, lo que implicó la definición de un desarrollo por “etapas” para comprender el “tránsito” de los trabajadores latinoamericanos hacia la modernidad. Una suerte de metanarrativa “estructurada como una jerarquía de estadios teleológicamente dirigida hacia Europa” (Conrad 2017, p. 36). De esta manera, el modelo clásico europeo guio una comparación de carácter diacrónico con el movimiento obrero de un país no-europeo, el cual siempre se encontraba en una etapa previa ya superada por su par europeo, posponiendo en esta decisión metodológica una posible comparación de carácter sincrónico, dados sus diferentes grados de desarrollo.

Con este tipo de convicciones, Gino Germani señaló que “la evolución de los países iberoamericanos puede ser resumida como una serie de estadios sucesivos y, por consiguiente, el estado actual de cada país puede ser determinado con respecto al estadio al que haya llegado en el proceso de transición”. La afirmación, no obstante, era complementada con un matiz: “A pesar de conocer los límites de este esquema, continuaremos utilizándolo en consideración de su valor práctico” (Germani 1973, p. 14). La comparación diacrónica primaba así sobre la sincrónica, mientras que el modelo clásico brindaba la unidad de medición.

El “modelo clásico europeo” se fue construyendo principalmente sobre la deriva de Inglaterra, Francia y Alemania a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, aunque se hizo extensivo a toda Europa. En todo caso, el resto de los países del “viejo continente” seguiría el camino de los “más avanzados”, y en esa suposición se sostuvo la idea de “modelo clásico europeo”, con independencia de las diferencias nacionales y las asincronías en su modernización que podían expresar experiencias como las de España, Portugal o Grecia, por mencionar algunos ejemplos. Más allá de ello, para su definición en términos generales podríamos acudir a un texto de Silvia Sigal y Juan Carlos Torre dedicado al estudio de los populismos latinoamericanos, y al caso argentino en particular, donde indicaron que en

...el modelo clásico, la unidad política de la clase obrera se presenta como la desembocadura de un proceso laborioso en el curso del cual los trabajadores, superando su dispersión y su dependencia, se constituyen de modo autónomo como sujetos políticos. Por una parte, los trabajadores superan las diferencias objetivas que los oponen recíprocamente en el mercado de trabajo y se reconocen como miembros de una colectividad solidaria económicamente. Por otra parte, esta identidad alcanzada en el plano corporativo se extiende al plano político en cuanto se confronta a la sociedad de clase, en la que ellos constituyen ya una fuerza social, pero que les niega una participación legítima en el sistema. Este doble movimiento de solidaridad de base y de oposición de clase es, en suma, el eje de la organización política de la clase obrera en la Europa del siglo XIX” (Sigal y Torre 1994, p. 387).

Esta definición del modelo clásico, que tiende a coincidir con una “visión optimista” sobre el rol de los sindicatos en la Europa de aquel entonces (Hyman 1971), también tiene la virtud de ser operativa para el ejercicio comparativo. A tal efecto, es interesante destacar que Sigal y Torre afirmaron que la clase obrera en la Europa del siglo XIX “ingresa al mundo industrial en oposición a un Estado que había alcanzado su unidad política

independientemente de ella”, mientras que, a la inversa, en América Latina, “las nuevas masas urbanas han formado el principal sostén de la estructura posoligárquica, que tuvo a su cargo la industrialización”. De esta manera, la elite política populista, los industriales y el movimiento obrero actuaron en conjunto en el ámbito político y en el Estado frente a un enemigo común, aunque en esta alianza la clase obrera quedó subordinada, al mismo tiempo que su unidad social y política se conformaba de modo heterónomo.

Tras la comparación con el “modelo clásico europeo”, los autores concluyeron que en América Latina un sindicalismo débil, que no había terminado de madurar como su par europeo, se afianzó en una orientación política que buscaba el apoyo del Estado para fortalecer su posición frente a los patrones en el plano económico. Esta perspectiva le generó una integración heterónoma y por canales corporativos propuestos desde el Estado. El movimiento obrero se modernizaba, junto al Estado y la economía, y lo hacía bajo el ala de una nueva élite estatal que, según Di Tella (2003), podríamos caracterizar como “anti *statu quo*”.

Ahora bien, aunque el modelo clásico fue expresado con claridad suficiente, es interesante notar que la comparación tiene un carácter diacrónico. Es decir, se contraponen el devenir del movimiento obrero de Europa de fines del siglo XIX con su par latinoamericano, pero de varias décadas más tarde. De igual modo lo hizo Francisco Zapata, en uno de sus reconocidos estudios sobre el populismo, cuando afirmó que “la originalidad de la situación latinoamericana en relación con la prevaleciente en Estados Unidos o Europa en una época similar de su historia, es que la expansión capitalista se dio dentro de un marco político corporativo estatal” (Zapata 1993, p. 29). Nuevamente emergía la comparación de carácter diacrónico, justamente “en una época similar de su historia”. En este punto reiteramos que no cuestionamos la comparación diacrónica en sí, de hecho muy provechosa para el análisis histórico, sino sus derivaciones conceptuales y valorativas. Es que, a través de este esquema, generalmente se remarcaron falencias, desvíos y atrasos que habrían aquejado a los movimientos obreros no europeos, al mismo tiempo que se listaron las tareas por cumplir, sus pendientes, para seguir el camino dictado por un “modelo clásico” constituido, de este modo, en un deber ser.

La ausencia de sindicatos autónomos y de partidos de clase propios, tal cual dictaba el “modelo clásico europeo”, le habrían impedido a la clase obrera de América Latina llevar adelante luchas a favor de sus auténticos intereses, salvo aquellos más elementales. Así, entre muchos otros, Zapata indicó que, a diferencia del sindicalismo clasista, que se sustentaba en una identidad obrera y una acción sindical y política independiente, y que también encontraba expresión en algunos países de América Latina, el sindicalismo populista “está más vinculado a las instancias decisorias del Estado que a la representación de las demandas de los trabajadores”. Esta disposición se daría porque “existe una transacción entre el sindicalismo y el estado en la que el primero le presta su apoyo político al segundo a cambio de beneficios económicos y sociales” (Zapata 1993, p. 91).³

3 Zapata (1993) consideró que Chile, Bolivia y Perú tuvieron sindicalismos clasistas, mientras que Argentina, Brasil y México de carácter populista.

El sindicalismo populista, por lo tanto, no sería más que una correa de transmisión que llevaría los intereses políticos de la elite estatal y la burguesía nacional hacia el movimiento obrero, al que encuadrarían según las disposiciones que emanaban desde altas esferas del poder político y económico. En esta opción el movimiento obrero latinoamericano se alejaba del “modelo clásico” y ya no haría lo que se suponía que hacía su par europeo: impulsar sindicatos de clase, organizarse en partidos clasistas, sostener programas social-demócratas o socialistas-revolucionarios y luchar para superar el capitalismo o emancipar a los trabajadores. Y si no eran esto, entonces, el pensamiento binario indicaba que eran su opuesto.

HETERONOMÍA, FALSA CONCIENCIA, ANOMIA, PASIVIDAD...

Gino Germani se destacó en la fundamentación de una de las primeras interpretaciones académicas del populismo de amplia influencia. A través de un exhaustivo trabajo, fue construyendo un cuerpo teórico con el que buscó caracterizar los regímenes “nacional-populares” en América Latina. Para Germani lo que estaba en la base de las experiencias populistas era el traumático tránsito que las sociedades tradicionales tenían que hacer hacia su modernización. Este proceso de “movilización social” (Germani 1970), concepto central en su interpretación, fue acelerado por la crisis de 1930, la cual truncó el modelo agroexportador hegemónico en las economías latinoamericanas y dio paso a una industrialización por sustitución de importaciones. Este trastocamiento en la estructura económica también se habría expresado en niveles psicológicos y sociopolíticos.

Producto de la depresión de la actividad en el agro, muchos trabajadores, desde ese momento desocupados, migraron hacia las ciudades en busca de las nuevas oportunidades que brindaba el sector industrial. En este proceso de cambio estructural, según Germani, encontraron su sustento social los regímenes nacional-populares, de los cuales el peronismo era una de sus manifestaciones. Siguiendo la línea de su análisis, los migrantes del interior del país, portadores de valores tradicionales, no lograron incorporarse a la cultura urbana y moderna de la vieja clase obrera y, por ende, se mantuvieron ajenos a unas organizaciones y a una cultura política y sindical que estaba en sintonía con el “modelo clásico europeo”. De esta manera, los nuevos trabajadores provenientes del interior del país habrían roto sus marcos de referencia tradicionales, pero no lograron incorporarse a otros, ni darse unos nuevos, quedando en “situación de disponibilidad” (Germani 1973b). Esta disponibilidad, combinada con un comportamiento pasivo y maleable, habría sido aprovechada por líderes carismáticos que “manipularon” a los nuevos trabajadores para acceder al poder.

Para el caso argentino, Germani (1962) resaltó la importancia de la figura de Perón y la apertura política que este inició desde el Estado, tanto por su posición de poder como por su liderazgo carismático. Ello habría sido capitalizado para movilizar a su favor a las masas en el contexto de un proceso de modernización. Como contraparte, el compor-

tamiento político de la clase obrera fue visto como irracional, ya que su apoyo permitió que se instaurara un régimen totalitario en la Argentina, al mismo tiempo que se frustraba la posibilidad de propiciar una “democracia participativa”, proyecto que entendía más acorde a los intereses históricos de los trabajadores y a la modernización del país.

Luego del trabajo pionero de Germani, una serie de investigaciones revisaron algunos de sus postulados. La virtud de los estudios que reconsideraron sus tesis radicó, en gran parte, en otorgarle un papel tan central como activo al conjunto del movimiento obrero en los orígenes del peronismo, postergando la importancia que este le había asignado a la diferenciación entre nuevos y viejos obreros. El rol del movimiento obrero, lejos de la heteronomía, la pasividad, la irracionalidad y la anomia, había sido distinto. Incluso, se pudo ver una perspectiva obrera autónoma de gran empuje, que no siempre coincidió con Perón y que en muchas ocasiones marcó los pasos a seguir (Durruty 1967, Murmis y Portantiero 1971, Del Campo 2004, Pont 1983, Torre 1990, James 1990, Horowitz 2004, Iñigo Carrera 2004, Doyon 2006).

Los textos sobre la materia que actualmente son los más reconocidos, aquellos que revisaron las tesis iniciales de Germani, resaltaron que el movimiento obrero llegó a los albores del peronismo muñido con una estrategia reformista, una orientación democrática, autonomía política y una sólida estructura organizacional (Durruty 1967, Murmis y Portantiero 1971, Del Campo 2004, Pont 1983, Torre 1990, James 1990, Horowitz 2004, Iñigo Carrera 2004, Doyon 2006). Esta descripción volvía a poner al movimiento obrero argentino en sintonía con el “modelo clásico europeo”, marcando que su vinculación con Perón se debió más a una alianza, con sus acuerdos y contradicciones, que a una adhesión irracional producto de la manipulación. Lejos fue quedando la imagen que los reducía a masa de maniobra del líder carismático.

Las especificidades del caso, sin embargo, se habrían desvanecido en el período posterior al inicio del año 1947, luego de la disolución del Partido Laborista por orden de Perón y la supuesta “cooptación” de la CGT, luego de que renunciara Luis Gay a la secretaría general de la central obrera. Las consecuencias que habrían conllevado ambos sucesos, esto es la pérdida de una representación política y sindical autónoma, finalmente habían emparentado al peronismo con otras experiencias populistas continentales.

La disolución del Partido Laborista y la renuncia de Gay a la CGT fueron interpretados, por lo tanto, como la manifestación patente del ocaso del movimiento obrero como actor independiente, “ya que quedaría casi subsumido en el aparato estatal” (Del Campo 2006, p. 360). Desde ese momento, la central obrera “dejó de ser un representante de los trabajadores ante el gobierno para transformarse en representante del gobierno ante los trabajadores. En ese carácter funcionará durante todo el régimen justicialista” (Torre 1999, p. 216). A la misma conclusión arribó Elena Pont (1983). De igual modo, para Louise Doyon “la CGT dejó de aspirar a ser un representante del movimiento obrero ante el gobierno, para comportarse más bien como el representante del gobierno ante el movimiento obrero” (Doyon 2006, p. 232). Por su parte, Daniel James señaló que

...cada vez más los sindicatos se incorporaron a un monolítico movimiento peronista y fueron llamados a actuar como agentes del Estado ante la clase trabajadora, que organizaban el apoyo político a Perón y servían como conductos que llevaban las políticas del gobierno a los trabajadores (James 1990, p. 12).

De 1947 en adelante, entonces, habrían quedado política y organizativamente subordinados, mientras que el líder incrementaba sustancialmente su centralidad. Ya no sería factible para el movimiento obrero encarar iniciativas organizacionales ni políticas por motivación propia. Sería recién en 1955 cuando recuperarían esta capacidad que, aún para los autores citados, parece haber dormitado durante una década (Contreras 2015).

Esta caracterización es un denominador común en los estudios más renombrados sobre el tema. El liderazgo de Perón habría logrado desactivar con efectividad una militancia obrera portadora de sus propias estructuras y orientada por tradiciones clasistas, democráticas y de izquierda. Su fuerza, sus organizaciones y sus iniciativas habrían sido fundamentales para impulsar inicialmente el naciente peronismo y llevar a Perón a la presidencia de la Nación. Sin embargo, este habría desarmado todo el andamiaje político que lo llevó a la primera magistratura del país a los efectos de imponer un proyecto de carácter autoritario y corporativo, del que solo se había desentendido por cuestiones tácticas en la crítica coyuntura de los años 1945-1946 y al cual retornaba luego de su refortalecimiento, producto de su reubicación en el Ejecutivo Nacional. Continuando esta secuencia, el peronismo, desde 1947, pudo leerse en sintonía con otros populismos latinoamericanos, más allá de sus orígenes disímiles.

Se normalizaba así su caracterización al reconocer un aspecto común a los populismos latinoamericanos: la clase obrera y sus organizaciones fueron “heterónomas” y, al mismo tiempo y complementariamente, “manipuladas” desde el vértice de un Estado que se personificó en la figura de un líder carismático. En este enfoque del proceso, los dirigentes sindicales y las organizaciones obreras habrían actuado como una correa de transmisión que llevaba unidireccionalmente las decisiones del líder hacia el interior del movimiento obrero.

Armado así el esquema populista, se tornaba escueto o inexistente el espacio que habrían tenido las y los trabajadores para ejercitar una iniciativa activa y por *motu proprio*. Como consecuencia de estas concepciones, como ya mencionamos, fueron utilizados recurrentemente conceptos como heteronomía, pasividad, anomia, disponibilidad, obsecuencia, economicismo, burocratización, falsa conciencia... Los críticos de Germani coincidieron finalmente con él al señalar la preeminencia de estas características para describir la participación obrera en el peronismo a partir de 1947 y hasta 1955, y en este punto se generó un consenso historiográfico.

Tras estas consideraciones generales, se fue construyendo el marco interpretativo sobre el que la mayoría de los analistas coincidieron para caracterizar el entramado social y político de la participación obrera en los populismos “clásicos” de América Latina, el que finalmente también explicaría el caso argentino a partir de 1947:⁴

4 Para una mirada abarcadora de los populismos latinoamericanos pueden consultarse Germani 1962, Germani, Di Tella, Iani 1973, Zapata 1993, Vilas 1994, Mackinnon y Petrone 1999, Berguist 2006, entre muchos otros.

- a. Ligazón directa entre el líder y las masas, al margen de las organizaciones previas que había desarrollado el movimiento obrero.
- b. Utilización de los trabajadores como masa de maniobra de la élite gubernamental a través del control de sus organizaciones y la cooptación de sus dirigentes.
- c. Participación política heterónoma de los trabajadores a cambio de beneficios económicos y en la legislación laboral y social.
- d. Conducción autoritaria del líder populista que, en ciertas coyunturas, le permitió desandar parte de la política reformista desplegada sin oposición del movimiento obrero, pues este era pasivo y obsecuente.

REPENSAR EL POPULISMO CLÁSICO LATINOAMERICANO DESDE EL CASO ARGENTINO

El denominador común de las interpretaciones dominantes sobre la participación del movimiento obrero en los populismos “clásicos” latinoamericanos puede ser resumido en los cuatro puntos citados al final del apartado anterior. Seguramente no estemos haciendo justicia con todo lo que se escribió al respecto, pero entendemos que representa una imagen lo suficientemente extendida y compartida en los estudios más influyentes dedicados al tema.

Frente a este planteo historiográfico, proponemos una necesaria reconsideración para comprender el caso argentino, también para el período 1947-1955. Lo cierto es que en las últimas dos décadas distintos estudios comenzaron a rescatar elementos que tensan las interpretaciones heredadas. Los avances realizados, por lo menos, nos permiten ver que el tema merece ser revisitado y, al mismo tiempo, nos muestran las promisorias perspectivas que habilitan abordajes desde nuevas preguntas y enfoques (Acha 2008, Contreras 2012, 2015 y 2018, Schiavi 2013, Contreras y Marcilese 2013, Nieto 2018, Fernández 2024).

a. Mientras que la idea de una relación directa entre el líder y las masas ya ha sido refutada por estudios que resaltaron la labor de las segundas líneas políticas y la estructura del Partido Peronista, tanto en la gestión de gobierno como en la mediación de sus vínculos (Aelo 2004, Rein 2006, Melon y Quiroga 2006), nuestra hipótesis de trabajo abona esta línea al subrayar la importancia de las organizaciones sindicales y de ciertos dirigentes gremiales en el proceso.⁵ Su “mediación” fue fundamental en la relación entre el movimiento obrero y Perón, así como en ciertos aspectos de la gestión de gobierno. En una medida importante, el peronismo fue estructurado durante toda su década de gobierno por liderazgos y militancias provenientes del mundo sindical que oficiaron como diputados, senadores, intendentes, concejales y funcionarios. Así, las segundas y terceras líneas políticas del primer peronismo se nutrieron de dirigentes

5 Un caso emblemático es el de Ángel Borlenghi, histórico dirigente del Partido Socialista, la Confederación General de Empleados de Comercio y la CGT, que durante diez años se desempeñó como ministro del Interior.

provenientes del movimiento obrero y el sindicalismo, muchos de los cuales se habían formado en las tradiciones “clásicas” del gremialismo.

Si por un momento prescindieramos de la lente que leyó esta “mediación” como burocratismo, obsecuencia y correa de transmisión de los deseos del líder hacia el movimiento obrero, podríamos ver una actuación de los dirigentes de la CGT y los sindicatos como segundas líneas de un gobierno del que se sentían parte y del que gestionaban ciertas cuotas de poder, y en el que podrían estar ejerciendo una doble representación, por supuesto, no exenta de contradicciones: como representantes de los trabajadores frente al gobierno y como representantes del gobierno frente a los trabajadores. Así, su rol mediador se habría expresado en la resolución de conflictos gremiales, la firma de convenios colectivos de trabajo, en el armado de listas electorales, en la propuesta de candidatura de Eva Perón a la vicepresidencia de la Nación, en el cabildo abierto de agosto de 1951, en el Congreso de la Productividad y el Bienestar Social de 1954, entre otros.

Al analizar su actuación, podríamos pensarlos como una bisagra fundamental en la relación entre el líder y las masas, en la cual podían representar las políticas del gobierno en el interior del movimiento obrero, pero también defender y promover las posiciones del este dentro del gobierno. Se podrá, entonces, afirmar que cumplieron un rol activo mediando la relación entre el líder y las masas. Incluso, es posible pensar al sindicalismo y a la CGT no sólo como mediadores, sino también como constructores y gestores de esa vinculación.

b. Se ha señalado que, luego de la salida de Gay de la secretaría general de la CGT a principios de 1947, Perón logró controlar la central obrera, principalmente a través de la cooptación de la organización y de sus dirigentes. A partir de este hecho, los trabajadores habrían sido masa de maniobra del líder y la CGT la encargada de que los obreros cumplieran con los mandatos de Perón.

Pese a lo extendida que está esta apreciación, existen eventos que nos incitan a pensar en otro sentido o, al menos, suponer que no fue constantemente de este modo. Así pudo apreciarse, por ejemplo, en el acto del 22 de agosto de 1951. De hecho, ni siquiera hacia el final del gobierno peronista esta imagen proyectada parece haberse cumplido. La actitud evasiva de la CGT, expresada en la exposición de Juan Vuletich, en el cierre del Congreso de la Productividad y el Bienestar Social, nos indica que, incluso en el año 1955, la CGT podía diferenciar su propia posición de las decisiones tomadas por Perón y los representantes de la burguesía nacional nucleados en la Confederación General Económica (CGE). En aquella oportunidad, la CGT logró frenar la ofensiva de los industriales y del propio Perón en pos de imponer políticas laborales tendientes al aumento de la productividad a costa de un mayor esfuerzo de los trabajadores a cambio de un salario real menor. De igual modo, resistieron la ofensiva por disminuir las prerrogativas de los cuerpos de delegados y las comisiones internas de fábrica, así como la intención de reordenar el régimen interno de las empresas con esquemas más favorables para las patronales (Bitrán 1994, Schiavi 2013).

Siguiendo esta línea de razonamiento, en los inicios de la década de 1950, la CGT protagonizó un hecho que claramente pone en cuestión la caracterización dominante sobre su rol y sus perspectivas durante el primer peronismo. Nos referimos a su oposición y al exitoso desarme del proyecto sindical de la Confederación del Personal Civil de la Nación (CPCN), entidad competidora de la CGT, que congregó más de 150.000 afiliados y de la que Perón era el primer afiliado y el ministro de Transporte, el coronel Juan F. Castro, su presidente (Contreras 2011). Su objetivo era agrupar a todos los trabajadores dependientes del Estado en una misma organización y, eventualmente, con suficiente fuerza acumulada, ingresar a la CGT y hacerse con su dirección (Doyon 2006).

La actuación de la CGT en la disputa con la CPCN se contradice con la imagen tradicional que se construyó sobre ella. El caso muestra que en esta ocasión la dirección de la CGT no fue pasiva ni obsecuente, y que contaba con ciertas definiciones propias del modelo sindical peronista, aunque no haya sido más que para asegurar su propia continuidad como conducción del movimiento obrero. La situación nos indica que el sindicalismo, durante el gobierno peronista, mantuvo cierta vida interna activa, con disputas de tendencias y con querellas importantes por la definición de un modelo sindical y por su conducción (Contreras 2012 y 2017). Perón no habría estado ajeno a estas refriegas, pero estuvo lejos de ejercer un poder de decisión omnímodo. El caso del enfrentamiento entre la CGT y CPCN lo expresa claramente. De igual modo, nos alerta sobre las cuotas de poder y decisión que mantuvo la CGT para sí y en el interior del peronismo. El vínculo entre el gobierno y el movimiento obrero, si bien estrecho, no puede resumirse en la manipulación, la obsecuencia, la cooptación y el verticalismo.

c. Es posible poner en cuestión la sentencia que abolió todo tipo de autonomía política de los trabajadores luego de la disolución del Partido Laborista y la supuesta “cooptación” de la CGT. ¿Habría sido posible que de mayo de 1946 a enero de 1947 hayan pasado de la autonomía a la heteronomía? ¿O tal vez no eran tan autónomos antes ni tan heterónomos después, con independencia de la existencia del Partido Laborista? En todo caso, afirmaremos que las dificultades explicativas de la diada autonomía / heteronomía parecen radicar en su planteo de manera dicotómica, en estado puro y excluyente. Probablemente, sea más acertado ver en el movimiento obrero, y en sus distintos sectores, tendencias autónomas y heterónomas en un mismo momento. Del mismo modo, podríamos pensar las diadas pasividad / activismo, irracionalidad / racionalidad, mítico / científico, independencia / obsecuencia, conciencia de clase / falsa conciencia, resistencia / integración, etc. Si se eligen estos conceptos por su fuerza explicativa, tal vez un balance entre ambos polos, la consideración de una tensión constante entre ambos, sea más acertado que caracterizar a todo un movimiento decidiendo si lo explica uno u otro. Seguramente, una perspectiva de este estilo tampoco debería reducir su observación a los formalismos institucionales y a los purismos ideológicos, por dos razones. La pulcritud declarativa no asegura su realización, mientras que por caminos heterodoxos, impensados, difusos, mixturados, se pueden expresar

prácticas autónomas, racionales, con perspectiva política y con cierta conciencia de clase, aunque no se presenten así formalmente.

Las y los trabajadores, la mayoría de las veces, hacen política desde condiciones materiales, organizacionales y culturales que en muchas ocasiones distan de ser auspiciosas y que en otras tantas dificultan la concreción de un “deber ser” demandado desde algunos sectores académicos, intelectuales y políticos que generalmente están inspirados por un pensamiento eurocéntrico. Lo cierto es que, en su lucha política por mejorar su situación, los trabajadores acudieron a las formas, las maneras, las ideas, los discursos y los canales que les fueron posibles, que les parecieron transitables desde su punto de vista en contextos históricos determinados. En este sentido, se torna necesario sumar al análisis sus propias expresiones, tan genuinas como contradictorias, reconociéndoles una racionalidad particular y validando de este modo una visión del mundo “como ellos lo vieron” (Rozitchner 1956). En síntesis, para comprender su amplia participación política durante el primer peronismo no nos satisface simplemente marcar su heteronomía, su falta de autonomía política. En última instancia, sabemos lo que no hicieron, pero, en cambio, bastante poco sabemos sobre lo que realmente hizo y pensó en términos políticos el movimiento obrero y la CGT entre 1947 y 1955.

d. Muchos analistas, decíamos, entendieron que el desarme del Partido Laborista en 1946 y la presumible “cooptación” de la CGT en 1947 habilitaron una conducción autoritaria por parte de Perón, mecanismo que le permitió desandar la política reformista inicial sin oposición por parte de la clase obrera, sobre todo cuando la crisis económica que comenzó a fines de 1948 lo impulsó a cambiar el rumbo. En un temprano análisis del tema, que luego sería retomado por otros autores, Celia Durruty concluyó que aun cuando desaparecieron los soportes materiales del reformismo, en tanto “oportunidades de mejoramiento social suministradas por la prosperidad de la economía”, la clase obrera de la Argentina igualmente mantuvo su apoyo al gobierno de Perón, demostrando su orientación heterónoma. Por lo tanto, la base del éxito y la perdurabilidad del peronismo no sería otra que “la existencia de instituciones integradoras que permitieron movilizar en su provecho la conducta obrera” (Durruty 1967, p. 14). Es decir, aun cuando el peronismo dejó de proveerles beneficios materiales, la CGT y el movimiento obrero no le quitaron apoyo. La conducción autoritaria y el corporativismo, siguiendo a Durruty, nos brindarían las claves explicativas.

Sin embargo, si seguimos ciertos indicadores, la percepción de Durruty es, en algunos puntos, discutible. Si consideramos la distribución del ingreso en el lapso de los diez años de gobierno, la participación de los trabajadores, según Gerchunoff y Antúnez, fue la siguiente: 1940-1945: 37,3%, 1946-1948: 39,42%, 1949-1952: 46,52%, 1953-1955: 46,72% (2002, p. 199). Por su parte, Mainwaring reconstruyó una tendencia similar en la distribución del Producto Bruto Nacional: 1946-48 (41,0%), 1949-51 (48,3%) y 1952-55 (49,1%). A su vez, aclaró que luego de la crisis iniciada a fines de 1948 la política salarial en términos porcentuales no fue del todo desfavorable para los trabajadores. “Lo que se estaba contrayendo era la torta y no la participación de los trabajadores en la misma” (1982, p. 519).

Por la vía del llamado salario indirecto, las políticas reformistas complementaban esta distribución del ingreso a favor de las y los trabajadores, aunque no sabemos si su implementación cumplió con las mismas proporciones que la distribución de los ingresos directos. La opción del movimiento obrero, entonces, no dejó de tener sustento material.

De todos modos, también podría ser discutida aquella idea que postuló que, cuando Perón comenzó a desandar su política reformista, el movimiento obrero no reaccionó defensivamente. Ciertamente, el inicio de la crisis económica a fines de 1948 generó una tensión entre el movimiento obrero, el gobierno y otros sectores sociales y políticos respecto a la distribución del ingreso y la implementación de políticas reformistas. Sin embargo, el comportamiento del movimiento obrero no fue pasivo ante el proceso ni parece que el gobierno sólo lo haya movilizado a su favor y en contra de los intereses materiales de los trabajadores. Los intentos por desarmar o desacelerar la política reformista, por disminuir los salarios o aumentar la productividad a costa de mayor esfuerzo laboral encontraron distintas expresiones de oposición por parte del movimiento obrero. En muchos casos esa oposición fue efectiva.

Lo cierto es que el sindicalismo argentino ensayó huelgas durante todo el gobierno peronista. Se podrá señalar que, a medida que pasaban los años, las huelgas, las jornadas perdidas y los participantes en las huelgas fueron cuantitativamente disminuyendo. Sin embargo, si se consideran las mismas variables, pero por cada huelga que realizaron, la tendencia es la inversa y nos indica que, a medida que pasaban los años, en cada una de ellas participaron más huelguistas y se perdieron más jornadas laborales. Es decir, tendencialmente la cantidad de huelgas disminuyó, pero varias de ellas tuvieron mayor magnitud, como, por ejemplo, la marítima de 1950, la ferroviaria de 1950-1951 y la metalúrgica de 1954 (Contreras 2019).

Contrariamente, entonces, podríamos sostener como hipótesis que el gobierno peronista, durante todo su mandato, mantuvo políticas de carácter reformista y políticas progresivas de distribución del ingreso en cuanto que el movimiento obrero, como parte del gobierno, no aceptaba su abandono ni retrocesos en este aspecto. Perón, por lo tanto, si lo hubiera querido hacer, no habría podido desandar su política reformista sin un alto riesgo de enfrentarse abiertamente con el movimiento obrero, el cual durante toda su gestión fue uno de sus principales sostenes sociales y políticos, tal vez el más activo e importante.

EL MODELO EUROPEO COMO INDISPENSABLE E INADECUADO

Dipesh Chakrabarty (2008) señaló que para estudiar lo político y lo histórico en la India el pensamiento europeo resultaba, a la vez, “indispensable e inadecuado”. La frase no puede ser más oportuna para aquilatar también los análisis sobre la participación obrera en los populismos latinoamericanos, y especialmente en el caso argentino.⁶

6 Sobre las posibilidades de pensar el devenir de los trabajadores de América Latina a escala subcontinental, ver Nieto 2017.

El pensamiento eurocéntrico, como decíamos, demandó que el devenir de Europa fuera también el de los otros. “Primero en Europa y luego en otros sitios”, sintetizó Chakrabarty (2008). Pero como los “otros” eran distintos, y su situación también era distinta, generalmente los “otros” transitaron “otros” caminos. Frente a esta realidad, la visión eurocéntrica operó reconociéndolos en tránsito a la modernidad, pero remarcando falencias, desvíos, carencias, anomalías. Es este el punto en el cual comenzó a tornarse “inadecuada”. Es que, de este modo, se dijo más sobre lo que no fue y lo que no logró que sobre lo que efectivamente fue y logró en contextos determinados. Al pensamiento eurocéntrico le costó evaluar el recorrido de los “otros” sin ser autorreferencial y pensarse como el ejemplo a seguir. Por esto mismo, Chakrabarty insistió en la necesidad de “provincializar Europa” y, al mismo tiempo, tuvo consciencia de la dificultad de dicho proyecto.⁷

El autor, no obstante, reconoció que “ir más allá de las historias eurocéntricas sigue siendo un problema compartido que no conoce fronteras geográficas”. De todos modos, reclamó la multiplicación de análisis desde otras coordenadas, aunque sin negar la importancia de Europa. “Provincializar Europa se convierte en la tarea de explorar cómo este pensamiento -que en la actualidad es la herencia de todos nosotros y nos afecta a todos- podría ser renovado desde y para los márgenes” (2008, p. 45).

Si asumieramos este desafío, ¿cómo podríamos abordar la participación obrera en el populismo clásico argentino recuperando el “indispensable” aporte teórico e histórico de Europa, reconociendo incluso su impronta en muchas de nuestras propias convicciones, pero distanciándonos del “inadecuado” pensamiento eurocéntrico, tanto en el análisis como en nosotros mismos?

Es cierto que en el desarrollo del apartado anterior la visión eurocéntrica del populismo fue en parte rebatida con conceptos pensados desde Europa y reconociendo tradiciones y prácticas obreras relacionadas con elementos centrales del “modelo clásico europeo”. Claro está que el pensamiento europeo, su influencia y la experiencia obrera desarrollada en su territorio no dejan de ser fundamentales. Sin embargo, quisiéramos hurgar también en algunas alternativas interpretativas que se distancien de aquellos aspectos de la mirada eurocéntrica que nos resultan inadecuados para la comprensión del proceso.

Siguiendo este razonamiento y retomando el planteo del apartado anterior, entendemos que la participación obrera durante el populismo clásico en la Argentina podría pensarse sobre otros pilares, distintos a los definidos inicialmente, considerando:

- a. un sindicalismo y una CGT con un rol activo en la mediación de la relación entre el líder y las masas, incluso con un rol fundamental en la construcción y la gestión de ese vínculo;

7 Su idea se complementa bien con el enfoque propuesto por Thomas Bender en su trabajo sobre la historia de Estados Unidos: “toda nación es una provincia entre las provincias que constituyen el mundo” (Conrad 2017, p. 59).

- b. una CGT con un proyecto sindical propio, el cual estuvo dispuesta a defender más allá de algunos de los deseos más ambiciosos de Perón y de un sector importante de las segundas líneas políticas peronistas;
- c. un sindicalismo que, si bien no tuvo como proyecto institucional la autonomía sindical y política respecto al gobierno, no por ello puede decirse que haya caído en la heteronomía, la pasividad y la obsecuencia, habilitando la posibilidad de prácticas y concepciones políticas que se desarrollaron tensadas por relaciones contradictorias entre la heteronomía y la autonomía, la obsecuencia y el activismo, el verticalismo y la movilización desde las bases, la resistencia y la integración...;
- d. un movimiento obrero atento y activo en la defensa de sus conquistas económicas y sociales, que no dudaba en reaccionar con cierta contundencia en el plano político cuando alguna decisión gubernamental amenazaba logros y derechos adquiridos.

¿Pero cómo calibrar la participación sindical y política del sindicalismo argentino desde un enfoque atento a estos nuevos aportes? ¿Con estas características que brevemente perfilamos dejaría de ser sindicalismo populista o podríamos (o tendríamos que) redefinir las características del sindicalismo populista a partir de los nuevos resultados de las investigaciones de los últimos años? ¿Hubo un populismo obrero? ¿Estos posibles cambios de apreciación cómo lo ubicarían, en clave comparativa y relacional, respecto a otros sindicalismos de América Latina y Europa?

A MODO DE CIERRE: EL POPULISMO OBRERO COMO RESPUESTA EN LA COYUNTURA

Nuestra propuesta en este artículo, en primera instancia, es estimular nuevas apuestas interpretativas partiendo de la revisión de la lente analítica que consagró la idea de un sindicalismo pasivo, obsecuente y heterónimo para entender el populismo clásico en la Argentina, sobre todo en los años que van desde 1947 a 1955. En cierto modo, el ejercicio arranca como continuación de algunos de los razonamientos esgrimidos por quienes discutieron a Germani –aquellos que De Ipola (1989) señaló como críticos de la interpretación ortodoxa– para explicar la participación obrera en los orígenes del peronismo (1943-1946). Y afirma, en segunda instancia, que ya no se puede seguir sosteniendo el corte abrupto que estos marcaron sobre la pérdida de autonomía, racionalidad y activismo a inicios de 1947 (Contreras 2015). Es preciso retomar la investigación y la reflexión allí donde la mayoría de ellos adivinaron que se frustraba la posibilidad de reproducir el modelo sindical del laborismo inglés, los socialdemócratas europeos o la izquierda revolucionaria y, por lo tanto, como su negación, se imponía el modelo populista. Es necesario recuperar la participación de las y los trabajadores en toda su magnitud y especificidad, evitando el corsé que imponen enfoques que demostraron ser “inadecuados”. Sabemos lo que no fue el sindicalismo peronista a partir de 1947, pero desconocemos bastante sobre lo que históricamente fue. Los últimos años sumaron trabajos monográficos interesantes que tensan lo suficiente las interpretaciones

heredadas. Tal vez sea momento de repensar algunos ejes significativos de las interpretaciones mismas y sus premisas.

El presente artículo apuesta, en un plano general, por la posibilidad de analizar diferentes casos nacionales o regionales como respuestas particulares de los movimientos obreros locales al contexto específico de la inmediata segunda posguerra, sin necesidad de catalogar algún caso de Europa o al “movimiento obrero europeo” como modelo. En la medida de lo posible, tenemos que provincializar Europa.

Valen, en este sentido, algunas aclaraciones. Podríamos acordar sin dificultades que el propio movimiento obrero europeo ya no respondía tan claramente al “modelo clásico” cuando se aplica una comparación sincrónica en el contexto posbélico. De hecho, ya en las primeras décadas del siglo xx, varios teóricos interesados en ponderar la capacidad de los sindicatos europeos para revolucionar la sociedad o profundizar su democratización habían desarrollado una mirada pesimista al respecto (Hyman 1978).⁸

Llama la atención que en los estudios sobre el populismo latinoamericano no se haya relevado lo suficiente cómo estaban participando política y sindicalmente las y los trabajadores en Europa ya entrado el siglo xx. ¿En España no habían formado parte también los socialistas y su central obrera, la UGT, del gobierno dictatorial de Primo de Rivera en los años veinte mediante la cartera de trabajo? ¿En Inglaterra el sindicalismo no formó parte del gobierno de coalición que impulsó el laborismo en la década del veinte y, luego, no dio su apoyo a los ministros laboristas en el gobierno de Winston Churchill en el marco de la Segunda Guerra Mundial?

Las elecciones de los elementos de comparación sin dudas determinaron en gran medida los resultados de los análisis. ¿Por qué no se ensayó todavía, por ejemplo, una comparación sincrónica sobre la participación de los sindicatos en relación al gobierno laborista británico en ese momento vigente? Pese a que el movimiento obrero argentino en la segunda posguerra tenía muy presente el modelo del laborismo inglés, aún no contamos con buenos estudios comparativos entre ambos procesos. Este fértil camino se abandona casi antes de comenzar a ser transitado, en el momento en que es disuelto el Partido Laborista en la Argentina a principios de 1946. No obstante, sostendremos, a modo de hipótesis, que no se desarrolló una comparación profunda y compleja de este tipo porque predominó una lente metodológica e interpretativa que orientó el estudio del tema en otro sentido. Entonces, puede ser que el extrañamiento respecto a ese lente sea un primer paso necesario para encaminar nuevas miradas.

Sin negar totalmente las virtudes que conllevan los abordajes comparativos, es necesario señalar dos aspectos significativos a tener en cuenta para el caso. Por un lado, en muchos de los ejercicios comparativos el modelo clásico europeo estuvo idealiza-

8 De manera provocadora, Roberto Carri, en su estudio sobre Isidro Velázquez, propone un debate a Hobsbawm respecto a su comparación entre rebeldes primitivos y modernos, y le sugiere “ver si los primitivos no son los movimientos, organizaciones y partidos creados por la clase obrera y los revolucionarios en el siglo pasado [en Europa] y mantenidos hasta la actualidad, generalmente como movimientos de integración y nunca de revolución” (2001, p. 112).

do, construyéndose –como dijimos– sobre algunos casos nacionales en determinados momentos de su historia, siendo luego generalizados a toda Europa y vinculados a un recorrido siempre ascendente en términos de modernización. Por otro lado, la idea de “etapas” privilegia la comparación entre casos nacionales en sentido diacrónico por sobre la influencia que podría haber estado ejerciendo sincrónicamente el capitalismo mundial y la experiencia obrera en términos internacionales en sus distintas coyunturas. Sobre esto último, nos preguntamos: ¿por qué pedirle a X que fuese como W, cuando W se desarrolló en la situación A y X se estaba desarrollando en una situación B? Y más aún si consideramos que W cambió su comportamiento en la situación B y X pudo haberlo percibido y asimilado sincrónicamente, o haber optado por otro camino.

Entonces, para analizar la participación sindical y política de las y los trabajadores en el populismo clásico argentino, y latinoamericano en general, ¿por qué no considerar en un lugar de primer orden la influencia que podrían estar ejerciendo coyunturas, conceptos y perspectivas propios de la inmediata segunda posguerra, como los relacionados a la guerra fría, al Estado de bienestar o a la participación obrera en alianzas políticas policlasistas que lograron ser gobierno? ¿Por qué creer que el desarrollo del movimiento obrero latinoamericano debía cumplir con ciertas etapas previstas en relación al modelo clásico europeo y no darle lugar a las perspectivas y propuestas coyunturales que nacían justamente frente a los desafíos inmediatos que imponía el contexto internacional? ¿Por qué otorgarle más relevancia, por lo tanto, a las comparaciones diacrónicas que a las sincrónicas para estudiar casos nacionales propios del populismo latinoamericano en la segunda posguerra?

Se podrá argumentar a favor del mecanismo comparativo diacrónico o “etapista” que en América Latina el capitalismo y las clases sociales tardaron más en desarrollarse, en “modernizarse”, que se encontraban en alguna etapa previa. Sin embargo, deberá comprenderse también que el capitalismo entonces ya se desenvolvía a escala planetaria y que, más aún después de la crisis de 1930, se rearticulaba a nivel internacional de manera sincronizada, situación que se siguió acentuando en la segunda posguerra; momento histórico que estuvo signado, particularmente, por la guerra fría, la construcción de los Estados de bienestar y la participación del movimiento obrero en alianzas políticas policlasistas con programas reformistas que formaron gobierno.

Nos preguntamos, entonces, si es del todo pertinente esperar, y demandar, que el movimiento obrero en Latinoamérica se comporte como lo indica el “modelo clásico europeo” más de medio siglo más tarde. Sobre todo cuando el capitalismo, el Estado y las relaciones entre las clases sociales a escala global habían cambiado suficientemente en ese lapso temporal y las diferencias de las economías nacionales enmarcaban contextos de desarrollo desigual, con combinaciones particulares.⁹ En este contexto puede ser inadecuado esperar que se repita el modelo clásico europeo y tal vez sea más

9 En este sentido es interesante el planteo de Novack (1957) a favor de complementar las comparaciones diacrónicas con las sincrónicas y, al mismo tiempo, considerar las singularidades nacionales. Por su parte, Conrad (2017) apuesta por la potencia de una historia global que aproveche los aportes de la historia

productivo analizar cómo el movimiento obrero de un país determinado resolvió las dificultades, las posibilidades y las contradicciones que le presentó una coyuntura global en términos generales, pero en la que se ubicó desde un posicionamiento singular.

Como advierte Bergquist (1988) en su estudio comparativo sobre el sindicalismo latinoamericano, la segunda posguerra es, a nivel mundial, la etapa de un acuerdo histórico entre el capital y el trabajo, que en el mundo capitalista occidental dura hasta la crisis de mediados de los años 70. ¿No es este acuerdo un elemento importante para considerar las derivas del sindicalismo latinoamericano en la segunda posguerra, tanto o más que las semejanzas y diferencias con el “modelo clásico”?

En este sentido, un ejercicio comparativo probablemente indique que el sindicalismo peronista tenga muchos más puntos de contacto con el sindicalismo inglés durante la segunda posguerra, que este último con el modelo clásico construido conceptualmente sobre su propia historia. Nos interesa la posibilidad de analizar ambos casos como respuestas y propuestas particulares del movimiento obrero en la coyuntura posbélica: quizá descubramos que los europeos no han sido tan “modélicos” ni los latinoamericanos tan “limitados”. Quizá a través de comparaciones de nuevo tipo y nuevos lentes interpretativos podamos relevar situaciones interesantes que las miradas iniciales que venimos analizando habían perdido de vista.

Si nos centráramos, por ejemplo, en la dinámica de las alianzas de clases de carácter reformista que lograron ser gobierno en las que participó el movimiento obrero, aunque haya sido de manera subordinada, podríamos señalar que los trabajadores, ya sean de Argentina como de Inglaterra, México, Brasil, Alemania u otro país, atravesaron contradicciones similares y comparables respecto a las relaciones que se dieron entre sindicalismo, política y gobierno, frente a las cuales tuvieron que dar alguna respuesta y ensayar propuestas. Con este enfoque, es factible una comparación entre la experiencia argentina y otros casos partiendo de los cuatro puntos que revisamos sobre las interpretaciones iniciales referidas a la participación política y sindical de los trabajadores en los populismos clásicos.¹⁰

Una mirada que hiciera hincapié en la participación del movimiento obrero en el gobierno, no obstante, no debería posponer la observación de la dinámica propia de la lucha de clases ni descuidar el análisis de las contradicciones que podría acarrear este

comparada, la historia transnacional, la teoría de los sistema-mundo, los estudios poscoloniales y la perspectiva de las modernidades múltiples.

10 En este sentido, puede destacarse un ejercicio comparativo realizado por Gilles Martinet, quien relaciona y contrasta en un solo libro siete experiencias sindicales de distintos países: Gran Bretaña, la República Federal Alemana, Suecia, Italia, Francia, Estados Unidos y Japón. El autor eligió países que constituyen “el corazón del capitalismo mundial”. Pero nuestro artículo defiende la idea de que no habría ningún inconveniente en ampliar o variar la comparación sumando países de América Latina, como Argentina, Brasil o México, por ejemplo. Siguiendo esta línea, es interesante destacar que el autor pondera el valor del estudio comparativo de “las realidades del propio movimiento obrero. Porque este movimiento existe de manera poderosa y autónoma en todo el mundo. Y no siempre responde a los sistemas de representación que se han elaborado en su nombre, ello hace que su observación sea todavía más interesante” (1991, p. 10).

tipo de alianzas policlasistas. Seguramente una perspectiva de este tipo pueda apreciar, por ejemplo, el dinamismo del activismo en las bases obreras, de los delegados de fábrica, así como las articulaciones y tensiones entre estas y las cúpulas sindicales y entre el movimiento obrero y otros sectores que componían la alianza social y política en el gobierno. Por la propia dinámica de la relación capital-trabajo, es probable que el movimiento obrero se haya mantenido como una tensión irreductible en el interior de las alianzas de clases que terminaron formando gobierno, aunque haya estado incluido de manera subordinada. Ya en la década del 70, Octavio Iani (1973) advertía sobre las diferencias y las tensiones que se daban entre el populismo de la burguesía y el populismo del movimiento obrero.¹¹

Promediando el siglo xx, en muchos casos los sindicatos se fueron convirtiendo en un componente del capitalismo, pero también es cierto que se mantuvieron como una de sus principales oposiciones, aun cuando renunciaron a luchar por un cambio revolucionario de la sociedad. Fueron parte, efectivamente, de una relación dialéctica entre la integración y la resistencia (Hyman 1971, James 1990). En la resolución histórica de esa contradicción también encontró su perfil particular cada caso, y justamente este aspecto es factible de comparación. En este sentido, descuidar este doble carácter de la actuación sindical y política de los trabajadores es difícil de sostener teóricamente e inapropiado desde el análisis histórico, más aún para el populismo clásico de la Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHA, O., 2008. *Las huelgas bancarias en los tiempos de Perón y Frondizi (1945-1962)*. Buenos Aires: CCC.
- ACHA, O. & QUIROGA, N., 2009. La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente. *EIAL*, n° 20.
- AELO, O., 2004. Apogeo y ocaso de un equipo dirigente: el peronismo en la provincia de Buenos Aires, 1947-1951. *Desarrollo Económico*, N° 173. Buenos Aires.
- BERGQUIST, C., 1988. *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Colombia: Siglo XXI.
- BITRÁN, R., 1994. *El Congreso de la Productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. Buenos Aires: El Bloque editorial.
- CARRI, R., 2001. *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Buenos Aires: Colihue.
- CHAKRABARTY, D., 2008. *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tusquets.
- CONRAD, S. (2017). *Historia Global. Una visión para el mundo actual*. Barcelona: Crítica.
- CONTRERAS, G. N., 2011. El personal de la administración pública nacional y sus proyecciones político-sindicales durante el primer gobierno peronista (1946-1955). En D. Dicósimo y S. Simonassi. *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo xx. Indagaciones desde la historia social*. Rosario: Prohistoria.
- CONTRERAS, G. N., 2012. *Movimiento obrero, sindicalismo y política durante el primer gobierno peronista. Un estudio de los gremios gráfico, frigorífico, marítimo, ferroviario y del personal de la administración pública nacional*. Tesis de doctorado. Mar del Plata, UNMdP.

11 Me expliqué sobre las posibilidades de esta idea para el caso argentino a partir del estudio puntual del gremio de la carne en *El peronismo obrero* (2018).

- CONTRERAS, G. N., 2015. ¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: asociacionismo, funcionamiento institucional y proyecciones políticas (1946-1955). En O. ACHA & N. QUIROGA. *Asociaciones y política en la Argentina del siglo xx. Entre prácticas y expectativas*. Buenos Aires: Prometeo.
- CONTRERAS, G. N., 2017. La organización del movimiento obrero durante el primer gobierno peronista: centrales obreras y nucleamientos sindicales. *Avances del Cesor*, n° 16.
- CONTRERAS, G. N., 2018. *El peronismo obrero. Consideraciones a partir del devenir político y sindical de los trabajadores de los frigoríficos*. Buenos Aires: Eudem - GEU.
- CONTRERAS, G. N., 2019. Tres ciclos de la acción sindical durante el primer peronismo (1946- 1955). (Re) consideraciones. *Travesía. Revista de Historia económica y social*, n° 21.
- CONTRERAS, G. N. & MARCILESE, J., 2013. Los trabajadores durante los años del primer gobierno peronista, Nuevas miradas sobre sus organizaciones, sus prácticas y sus ideas. Dossier n° 35. Disponible en: www.historiapolitica.com/dossiers/trabajadores-peronismo/
- DE IPOLA, E., 1989. Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo. *Desarrollo Económico*, n° 115.
- DEL CAMPO, H., 2004. *Sindicalismo y peronismo. Un vínculo perdurable*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DI TELLA, T., 2003. *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*. Buenos Aires: Ariel.
- DOYON, L., 2006 [1978]. *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DURRUTY, C., 1967. *Clase obrera y peronismo*. Córdoba: Pasado y Presente.
- FERNÁNDEZ, F., 2024. *Fuerza social y conflicto obrero durante el primer peronismo. El movimiento huelguístico de 1954*. Buenos Aires - Mar del Plata: GEU - EUDEM.
- GERCHUNOFF, P. & ANTÚNEZ, D., 2002. De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En J. C. Torre (director del tomo). *Los años peronistas*. Colección Nueva Historia Argentina, Tomo VIII. Buenos Aires: Sudamericana.
- GERMANI, G., 1962. *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires: Paidós.
- GERMANI, G., 1970. Consecuencias políticas y sociales de la movilidad. En N. SITO *et al.*, *Modernización y desarrollo social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- GERMANI, G., 1973a. Democracia representativa y clases populares. En G. GERMANI, T. DI TELLA & O. IANI. *Populismo y contradicciones de clase en América Latina. Selección y presentación de Octavio Iani*. México: Serie Popular Era.
- GERMANI, G., 1973b. El surgimiento del peronismo: El rol de los obreros y los migrantes internos. *Desarrollo económico*, n° 51.
- HOBBSAWM, E., 1974 [1959]. *Rebeldes Primitivos*. Barcelona: Ariel.
- HOROWITZ, J., 2004. *Los sindicatos, el estado y el surgimiento de Perón 1930/1946*. Buenos Aires: UNTREF.
- HYMAN, R., 1978 [1971]. *El marxismo y la sociología del sindicalismo*. México DF: Serie popular Era.
- IANI, O., 1973. Populismo y relaciones de clase. En G. GERMANI, T. DI TELLA & O. IANI, *Populismo y contradicciones de clase en América Latina. Selección y presentación de Octavio Iani*. México: Serie Popular Era.
- IÑIGO CARRERA, N., 2004. *La estrategia de la clase obrera - 1936*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- JAMES, D., 1990. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MACKINNON, M. & PETRONE, M., 1999. *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cencienta*. Buenos Aires: Eudeba.
- MAINWARING, S., 1982. El movimiento obrero y el peronismo, 1952-1955. *Desarrollo Económico*, n° 84.
- MARTINET, G., 1991 [1979]. *Siete sindicalismos. Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Suecia, Estados Unidos y Japón*. España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- MELON PIRRO, J. & QUIROGA, N., 2006. *El peronismo bonaerense. Partidos y prácticas políticas, 1946-1955*. Mar del Plata: Suárez.
- MURMIS, M. & PORTANTIERO, J. C., 1971. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- NIETO, A., 2017. Historia de la clase obrera latinoamericana: notas para una agenda de investigación. *Algarrobo-MEL.com.ar. Revista en línea de la Maestría en Estudios Latinoamericanos*, vol. 5.
- NIETO, A., 2018. *Entre anarquistas y peronistas. Historias obreras a ras del suelo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- NOVACK, G., 1974 [1957]. *La ley de desarrollo desigual y combinado de la sociedad*. Bogotá: Editorial Pluma.
- PONT, E., 1983. *El Partido Laborista: estado y sindicatos*. Buenos Aires: CEAL.
- QUIJANO, A., 2000. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. LANDER, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- REIN, R., 2006. *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*. Buenos Aires: Lumiere - Universidad de Tel Aviv.
- ROZITCHNER, L., 1956. Experiencia proletaria y experiencia burguesa. *Contorno*, n° 7-8.
- SCHIAVI, M., 2013. *El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- SIGAL, S. & TORRE, J. C., 1994, Sindicatos y trabajadores en la coyuntura populista. En C. Vilas. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- TORRE, J. C., 1999. La caída de Luis Gay. *Todo es Historia*, n° 89, 1974, reproducido en L. GAY, *El Partido Laborista en Argentina*. Buenos Aires: Biblos - Fundación Simón Bolívar.
- TORRE, J. C., 1990. *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- VILAS, C., 1994. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ZAPATA, F., 1993. *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.